Breve Historia de Hispania

Breve Historia de Hispania

Jorge Pisa Sánchez

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Hispania
Autor: © Jorge Pisa Sánchez

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas
Director de colección: José Luis Ibáñez

Diseño y realización de cubiertas: Onoff imagen y comunicación
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-770-1

Dedicado a mis padres, Miguel Angel y Amparo.
Sin su apoyo, su cariño y su comprensión,
cada uno a su manera, hubiera sido imposible
escribir este libro.

Jorge Pisa Sánchez,
18 de junio de 2009.

ÍNDICE

Introducción 13

Capítulo 1:
La llegada de las águilas romanas..... 17
La Península Ibérica antes de
la llegada de los romanos 17
La Segunda Guerra Púnica
y la llegada de Roma..... 21
Las guerras celtíberas. Numancia 24
Las guerras lusitanas 27
Los conflictos romanos
llegan a Hispania. Sertorio 34
El duelo de las Águilas
La guerra civil entre Pompeyo y César 37
El final de la conquista. Augusto 43

Capítulo 2:
De la Iberia indígena a la
Hispania romana. Romanización y
organización de las provincias..... 49
La romanización..... 49
La organización del territorio.

Las provincias y la administración..... 55
La administración local. Las ciudades 64

Capítulo 3:
Hispania felix. La sociedad
y la economía en la Hispania antigua 83
La sociedad hispanorromana..... 83
La economía hispana. La minería 91
La agricultura 97
La pesca y las salazones.
El comercio y el artesanado 106

Capítulo 4:
Las ideas, la cultura
y la religión en Hispania..... 115
"Pan y circo".
Los espectáculos romanos..... 115
La cultura del agua. Los baños y
las termas romanas 126
La educación y las letras 131
La religión en Hispania 135
El cristianismo en Hispania..... 143

Capítulo 5:
Pax romana.
Hispania en el Alto Imperio..... 151
La dinastía Julio-Claudia
(14 d.C. - 68 d.C.) 151
Un chiste de época de Augusto 155
La dinastía Flavia (69 d.C. - 96 d.C.)..... 156
La dinastía Antonina (96 d.C. - 192 d.C.). 163
La dinastía Severa (193 d.C. - 235 d.C.). 177

Capítulo 6:
Cambios y transformaciones.
Hispania en el Bajo Imperio
(siglos III y IV) 183
La crisis del siglo III.
La anarquía militar 183
Las reformas de Diocleciano
y Constantino 190
Hispania durante el Bajo Imperio 200
La obra de Teodosio.
El triunfo del cristianismo 206

Capítulo 7:
La decadencia y el final del
dominio romano de Hispania
en el siglo V. El camino
hacia la Edad Media 215
Las invasiones de los
pueblos germanos 215
La invasión de Hispania.
Visigodos, suevos, vándalos y alanos 219
La decadencia del poder romano
en Hispania 230
El último acto del Imperio.
La deposición de Rómulo Augústulo 236

Cronología 245

Bibliografía 249

Introducción

El periodo de dominación romana sobre la Península Ibérica constituye una de las etapas más importantes de la historia de España, ya que fue en esta época cuando se establecieron las bases políticas, sociales y culturales de los dos países que en la actualidad se reparten su territorio. Y fue Roma la encargada de transformar lo que no era más que un conglomerado de culturas y pueblos indígenas en diferentes estados de evolución política, económica y social, en un territorio unificado políticamente en el que floreció la economía y la cultura de marcado cuño romano.

La romanización del territorio hispano se inició en una época temprana a finales del siglo III a.C., ya que la Península Ibérica fue el primer territorio extraitálico dominado por Roma, lo que la hizo convertirse en la zona donde las autoridades romanas tuvieron la posibilidad de poner a prueba lo que más tarde sería el modelo de gobierno imperial, que con el tiempo trasladarían a

otros territorios de su imperio y donde antes se harían presentes los efectos de la romanización sobre sus gentes y ciudades.

Aun así, no hemos de entender este proceso como un fenómeno de una sola dirección, ya que si fueron muy evidentes los efectos de la romanización en la Península Ibérica también se produjo, en cierto grado, un proceso de hispanización de Roma.

Como es lógico y normal, el contacto entre Roma e Hispania favoreció a ambas regiones. La primera de ellas no solo aportó el nombre a los nuevos territorios conquistados, sino también una nueva lengua, el latín, de la cual surgirían, en el futuro, idiomas peninsulares como el castellano, el catalán, el gallego o el portugués; una nueva cultura y un legado político, jurídico y administrativo que, basado en la vitalidad de las ciudades y de las leyes que se aprobaban en ellas, se mantiene hoy en día como elemento vertebrador del mundo en el que vivimos.

Por su lado Hispania proporcionó gran parte de su riqueza, sobre todo metalífera y agrícola, a Roma, a lo que se sumó la aportación de hombres para el ejército y administradores aptos para el gobierno, entre los que destacaron emperadores como Trajano (el *Optimus Princeps*) y Adriano, y pensadores y filósofos como Séneca, que contribuyeron al avance del conocimiento y de la cultura romana.

En este libro he pretendido mostrar al lector los hechos que cubren, o mejor dicho que jalonan, el periodo de casi 700 años durante el cual Roma dirigió el destino de Hispania y del resto del mundo mediterráneo y los personajes que de una forma u otra fueron protagonistas de ellos. En su redacción he intentado narrar la historia de una

forma ágil y amena, con la voluntad de dirigirme a todo el público interesado en la historia antigua, y más concretamente en la historia antigua de España, en un tono de difusión que no obstante no le roba el rigor científico que una obra de este tipo necesita.

Por otra parte he procurado escribir un libro actualizado, utilizando para ello las obras de referencia más recientes que el lector interesado en profundizar sus conocimientos en la materia hallará consignadas en un repertorio bibliográfico final, y he incorporado nuevas visiones y datos a la historia de este largo periodo, pues no son pocas las ocasiones en que recientes obras de síntesis histórica lo único que hacen es repetir viejos tópicos sobre la materia, que, y esto es lo más grave, a veces son incluso incorrectos.

El libro, y esto es algo que lo individualiza, abarca todo el periodo de dominación romana en la Península Ibérica, desde el desembarco de los hermanos Escipión en Empúries en el año 218 a.C., hasta la desaparición del último emperador romano de Occidente en el año 476, incluyendo un capítulo dedicado al complejo siglo V de la historia de Hispania, centuria olvidada y maltratada por muchas de las obras que tratan sobre la materia.

Por último, el texto general se acompaña con toda una serie de recuadros que pretenden informar sobre curiosidades o anécdotas históricas, que la mayoría de las veces se desconocen o ni siquiera se explican, y que ayudarán, seguro, al lector a profundizar en el conocimiento de la historia de Hispania de una forma más agradable y amena.

Como han reconocido algunos historiadores "entender la historia es siempre una tarea de detectives". Pongámonos, pues, a investigar el pasado de la historia de Hispania, a descubrir las

pistas necesarias para entender su evolución, descubriendo sus hechos y acontecimientos, sus personajes, y en definitiva, la realidad de un periodo histórico muy lejano pero al mismo tiempo muy cercano y familiar.

1

La llegada de las águilas romanas

La conquista de Hispania

La Península Ibérica antes de la llegada de los romanos

Si algo caracterizaba a la Península Ibérica en la época anterior a la conquista romana, era la gran diversidad de los pueblos que la habitaban. Aun así, podemos agrupar su territorio en el siglo III a.C. desde el punto de vista lingüístico en dos grandes zonas, una indoeuropea, que abarcaba las partes occidental y central de la península, y una no indoeuropea, que englobaba la franja más oriental y meridional. Hemos de tener en cuenta que a esta diversidad étnica y lingüística se sumaba el diferente nivel de desarrollo de estas comunidades. Si la historiografía anterior nos proponía una visión más primitivista, la investigación más reciente nos muestra un panorama de mayor complejidad social, política y económica, en el que algunos de estos pueblos, como es el caso de íberos y celtíberos, habrían alcanzado incluso una fase

de organización estatal. Como el número de pueblos que ocupaban las tierras hispanas es muy elevado, nos centraremos en esta primera descripción, en aquellos que tuvieron un papel más importante en la resistencia ante la expansión romana.

La zona no indoeuropea abarcaba las costas orientales de la Península Ibérica, donde se desarrolló entre los siglos VI y I a.C. la cultura ibera, término que agrupa a un gran número de pueblos que, aunque no formaban una unidad política, compartían una cultura material identificable arqueológicamente, una lengua con varios dialectos, y fueron considerados por los romanos como un colectivo con entidad propia. Esta realidad social y política ibera sería el resultado de la interacción entre la evolución propia de las poblaciones indígenas y la influencia ejercida por los colonizadores orientales. Se diferencian tres grandes zonas dentro del panorama ibero, la de las costas meridionales, la franja de Levante y la zona catalana. La población estaba asentada en *oppida* o ciudades fortificadas, y había desarrollado una intensa explotación agropecuaria y minera de su territorio, con la que participaba activamente en el comercio mediterráneo.

Por otra parte, entre los pueblos de raíz indoeuropea se hallaban los lusitanos, que ocupaban el territorio más occidental de la península entre el Tajo y el Duero. Su economía estaba basada en la ganadería y la minería. Aun así, no era una zona muy desarrollada comercialmente, debido a la falta de vías y medios de comunicación eficaces. El poder político, social y económico estaba concentrado en manos de la aristocracia militar, hecho que obligaba a los individuos con menos recursos a servir como mercenarios o a organizar bandas de bandoleros, que realizaban campañas de saqueo a los territorios vecinos más ricos.

Al norte de los lusitanos se situaban los galaicos, que ocupaban el extremo noroeste. Su economía estaba basada en la agricultura y, en menor proporción, en la ganadería, el marisqueo y el comercio. Vivían en castros o asentamientos fortificados con escaso desarrollo urbano y poseían una lengua propia. Al este de los galaicos estaban los astures y cántabros, de los que hablaremos más adelante.

En la zona del Sistema Ibérico y el este de la Meseta estaban establecidos los celtíberos, que eran el pueblo celta más importante en el momento de la llegada de los romanos. Los celtíberos poseían una fuerte jerarquización social y un avanzado urbanismo, con *oppida* como Numancia, con un trazado ortogonal y grandes viviendas, que pueden considerarse verdaderas proto-ciudades y que controlaban un territorio estructurado bastante amplio. Además poseían moneda y una escritura propia.

Los vacceos y los vetones eran también pueblos importantes. Los primeros ocupaban el centro de la Meseta norte y tenían una agricultura ampliamente desarrollada. Sus asentamientos eran de gran tamaño y poseían también una destacada jerarquización social. Los vetones que ocupaban el suroeste de la Meseta eran un pueblo ganadero ya que estaban asentados en tierras poco aptas para la agricultura y su población vivía en *oppida* con murallas defensivas.

Finalmente, también localizamos en el suelo peninsular las colonias fundadas por fenicios y griegos, que se establecieron en la costa mediterránea en busca de materias primas, cobre y estaño, productos agrícolas y nuevos mercados con los que comerciar. Los primeros en llegar fueron los fenicios, que se establecieron en el sur, el levante peninsular y las islas Baleares, fundando

ciudades como Gadir (Cádiz), Sexi (Almuñécar, en Granada), Abdera (Adra, en Almería) o Ebusus (Ibiza). Por su parte, los griegos ocuparon la zona costera septentrional, estableciéndose en colonias como Emporion (Empúries, Girona) o Rhode (Roses, Girona).

Los verracos vetones

Una de las manifestaciones artísticas más características del mundo indígena peninsular, y más concretamente del pueblo vetón, la constituyen los verracos, esculturas de animales realizadas en piedra que han aparecido por todo su territorio. Estas esculturas son representaciones bastante esquemáticas de toros, cerdos y jabalís, en las que destacan la representación de algunas partes de su anatomía, como los ojos, las fauces, el hocico y los órganos sexuales.

Se ha asignado funciones muy variadas a estos verracos, desde haber sido concebidos como representaciones funerarias, tener un objetivo económico, señalizando buenas zonas de pasto, o incluso se los ha considerado monumentos conmemorativos de victorias romanas. En la actualidad se consideran esculturas vinculadas a ritos de protección y reproducción del ganado, un elemento muy importante en la economía y la sociedad vetona. Existen numerosos ejemplos de estas esculturas entre los que destacan los de Mesa de Miranda (Chamartín), Las Cogotas (Cardeñosa) o los famosos Toros de Guisando (El Tiemblo), todos ellos localizados en la provincia de Ávila.



Los cuatro Toros de Guisando (El Tiemblo, Ávila) es el conjunto escultórico vetón más conocido. Son piezas de más de 2,5 m de largo y están fechadas entre los siglos IV y I a.C.

La Segunda Guerra Púnica y la llegada de Roma

No es posible entender la conquista romana de la Península Ibérica sin analizar, brevemente, la situación del Mediterráneo occidental en esta época, pues la arribada de cartagineses primero y romanos después se ha de entender como consecuencia de la lucha por el control político y económico de esta zona por ambas potencias.

Si la relación entre cartagineses y romanos se había desarrollado en torno a tratados comerciales, que delimitaban las zonas respectivas de poder, la creciente rivalidad entre ambos estados y sus aliados llevó al inicio de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), de la cual salió vencedora Roma, que estableció unas duras condiciones de paz a su oponente, obligándole a abandonar Sicilia y a pagar una indemnización de guerra de 3.200 talentos, a lo que se sumó, poco después, el dominio de

la isla de Córcega. Cartago respondió a estas medidas con la conquista del sur de la Península Ibérica, utilizando sus riquezas como solución a la derrota militar y como forma de recuperación del Estado. De esta forma el general cartaginés Amílcar Barca desembarcó en el año 237 a.C. con un ejército en tierras hispanas. Su actividad fue continuada, después de su muerte en el año 229 a.C, por su yerno Asdrúbal, que fundó la ciudad de Cartago Nova (Cartagena) y firmó en el año 226 a.C. el famoso Tratado del Ebro, que delimitaba en este río el límite de la expansión cartaginesa en el norte. Aníbal, hijo de Amílcar, sucedió a Asdrúbal como jefe militar. Poco después, la toma de la ciudad de Sagunto por parte de Aníbal en el año 218 a.C. provocó el nuevo enfrentamiento con Roma. La conquista de esta ciudad y su relación con las cláusulas del Tratado del Ebro, es uno de los episodios que ha hecho verter más tinta, tanto a los autores antiguos como a los más modernos, al intentar esclarecer las causas del inicio de la Segunda Guerra Púnica. Aunque no es este el lugar donde clarificar este gran dilema, lo que sí que parece claro es la existencia de una gran rivalidad política y comercial entre ambos estados y sus aliados, que no hizo otra cosa que aumentar con el paso del tiempo, y que llevó al nuevo enfrentamiento entre las dos potencias por el control del Mediterráneo occidental, el resultado del cual afectaría al futuro de toda la zona.

Tras el inicio de las hostilidades, Aníbal sometió a los pueblos del norte del Ebro antes de partir con su ejército hacia Italia. Poco después, en el mismo año 218 a.C., el cónsul Publio Cornelio Escipión y su hermano Gneo desembarcaron en la ciudad griega de Empúries, aliada de Roma, con el objetivo de cortar la línea de abastecimientos

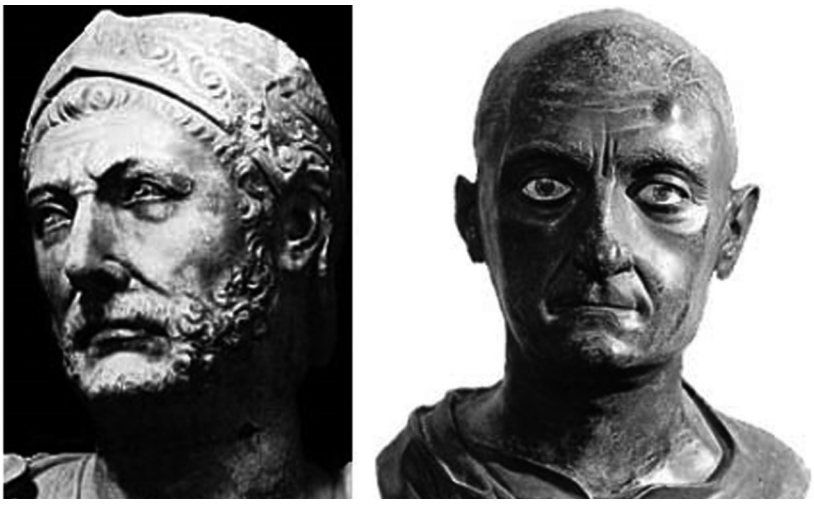
del ejército de Aníbal. Los Escipiones iniciaron con éxito sus primeras campañas contra los ejércitos cartagineses que defendían la península, consolidando su posición en la costa nororiental y consiguiendo desbaratar la línea de aprovisionamiento cartaginesa. Aun así, los primeros éxitos romanos de Cesse (identificable con la posterior Tarraco), Hibera (posiblemente la población que más tarde sería Tortosa) y Sagunto se vieron truncados con la muerte de los dos generales romanos en el año 211 a.C. Este duro golpe obligó a Roma a nombrar, como nuevo general para dirigir el esfuerzo bélico en la península, a Publio Cornelio Escipión (más tarde conocido como el Africano), hijo del Publio muerto en tierras hispanas, una designación que haría cambiar el curso de los acontecimientos. Publio llegó a Hispania en el año 211 a.C., consiguiendo una gran victoria con la toma de Cartago Nova dos años más tarde. La posterior victoria de Baecula (Santo Tomé, Jaén) en el 208 a.C. no solo abrió a las fuerzas romanas el valle del Guadalquivir, sino que atrajo hacia el general romano el favor de importantes caudillos indígenas. La última gran batalla en suelo hispano se libró cerca de Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla) en el año 206 a.C., en la que el ejército romano venció definitivamente a las tropas cartaginesas de Asdrúbal Giscón. La entrega de la ciudad de Gades (la Gadir fenicia), último bastión del poderío cartaginés, durante ese mismo año culminó la definitiva victoria romana. De esta forma llegaba a su fin la presencia cartaginesa en la Península Ibérica, al mismo tiempo que comenzaba la última fase del conflicto, que acabaría con la definitiva derrota de Anibal en el norte de África.

El primer "emperador" fue nombrado en Hispania

La Batalla de Baecula no solo representó una importante victoria romana durante la Segunda Guerra Púnica, sino que tuvo también consecuencias para el futuro de Roma. Tras la derrota cartaginesa, algunos de los caudillos indígenas de la zona proclamaron rey a Escipión, jurándole obediencia. Este rechazó amablemente tal aclamación, indicándoles que el título de rey no podía ser aceptado en Roma, prefiriendo que lo consideraran su general (*imperator*). Este gesto tendría una gran importancia en la historia de Roma, ya que parece que fue este el origen de la aclamación como *imperatores* de los generales victoriosos, un título que con el tiempo se convertiría en la designación de los emperadores romanos.

Las guerras celtíberas. Numancia

Vencida la amenaza púnica, Escipión volvió a Italia, no sin antes organizar el dominio romano en la península. Aun así, no fue hasta el año 197 a.C. cuando Roma definió territorialmente sus conquistas. El Senado aumentó el número de pretores a seis, para enviar a dos de ellos a sus dos nuevas provincias hispanas, la Citerior al norte y la Ulterior al sur. Teniendo en cuenta que Ulterior quiere decir "lo que está de la parte de allá, más allá de, la lejana", y Citerior "situado de la parte de acá", los romanos designaron inicialmente la Citerior como la provincia más cercana a ellos y la Ulterior como la más alejada. La actividad de los



Bustos de Aníbal y Publio Cornelio Escipión Africano, dos de los protagonistas principales durante la Segunda Guerra Púnica, de la que salió victorioso el general romano, vencedor en Hispania y en África.

gobernadores se centraría, básicamente, en la defensa y pacificación de un territorio donde las revueltas y los enfrentamientos constantes mostraban un amplio rechazo al dominio romano.

Los continuos problemas militares obligaron a Roma a enviar al cónsul Marco Porcio Catón a la península en el año 195 a.C., al frente de un gran ejército, con el objetivo de pacificar las dos provincias, propósito que consiguió tras algunos enfrentamientos militares, y exigiendo la entrega de armas y la inutilización de las fortificaciones indígenas. De esta forma, los permanentes esfuerzos militares de los gobernadores llevaron a la extensión hacia el oeste del territorio provincial, hecho que amplió el contacto con los pueblos lusitano y celtíbero, a los que se enfrentarían más tarde. Uno de los personajes que más se distinguió durante esta época fue Tiberio Sempronio Graco, elegido gobernador para la Citerior en el año 180 a.C., que consiguió estabilizar las fronteras pro-

vinciales, estableciendo un alto grado de pacificación interna y fundando, además, la ciudad de Gracurris (la actual localidad riojana de Alfaro). Tras la marcha de Graco se vivió una época de relativa tranquilidad en Hispania, que representó una breve tregua ante los graves conflictos que pronto se desatarían en el territorio peninsular.

Los celtíberos conocían de antiguo la política expansiva romana y, dependiendo de la situación, habían luchado contra los ejércitos invasores o bien habían pactado con ellos. Aun así, la realidad política en la Celtiberia durante los siglos III y II a.C., que había evolucionado hacia el desarrollo de una organización estatal, generó un vasto rechazo al avance romano. La ampliación de la ciudad y de las murallas de Segeda (Mara, en lo que hoy es la provincia de Zaragoza), hecho que contradecía las cláusulas de los pactos firmados con Graco, se convirtió, así, en el origen de la guerra contra los pueblos celtíberos, en la que destacó la ciudad de Numancia, en las proximidades de la actual Soria, que se convirtió en un símbolo de la resistencia indígena.

Roma envió a la península un ejército consular en el año 153 a.C, al mando de Fulbio Nobilior, que fue el primer general romano que asedió sin éxito Numancia. Fue substituido por Claudio Marcelo, que realizó operaciones militares en territorio celtíbero y firmó con sus habitantes un primer tratado de paz. Los enfrentamientos se reemprendieron en el año 143 a.C., exaltada la resistencia celtíbera tras las victorias de Viriato contra los ejércitos romanos. Un poco más tarde, el cónsul Cecilio Metelo Macedónico desembarcó en la península, conquistando los núcleos indígenas de Centobriga (en el valle del Jalón, sin identificar) y Contrebia (la ciudad de los lusones, de

dudosa localización igualmente). A Metelo le siguieron nuevos cónsules que no tuvieron demasiado éxito en sus campañas.

La duración y la dureza de la guerra en Hispania y la indisciplina y el malestar de las tropas aquí destacadas se acabaron convirtiendo en una pesadilla para el propio Senado romano. Esta situación cambió drásticamente tras el nombramiento, como cónsul, de Publio Cornelio Escipión Emiliano, en el año 134 a.C., con el objetivo de poner fin a la guerra. Escipión, para hacer frente a los problemas de reclutamiento, reunió un ejército de voluntarios, amigos y clientes (o individuos que formaban parte de su séquito), a los que entrenó durante varios meses bajo una dura disciplina. Después de atacar las ciudades vacceas de Cauca (Coca, en Segovia) y Pallantia (Palencia), inició el asedio de Numancia, que rodeó con una muralla y hasta siete fortines. El sitio duró quince meses, tras los cuales los numantinos se vieron obligados a rendir la ciudad sin condiciones, aunque un gran número de ellos optaron por el suicidio. El general romano arrasó el lugar y repartió su territorio entre los pueblos indígenas aliados, dando fin así a la guerra.

Las guerras lusitanas

Para entender mejor las dificultades que Roma halló en esta época en Hispania, hemos de tener en cuenta que tanto la guerra contra los celtíberos como el enfrentamiento con los lusitanos se desarrollaron más o menos durante la misma época, y aunque en ningún caso estos pueblos llevaron a cabo una resistencia común, sí que es cierto

¿Por qué el año comienza el día 1 de enero?

Muchas veces no nos preguntamos el por qué de las cosas cotidianas que damos por supuestas, como puede ser la fecha en que iniciamos el año. La razón de esto está muy ligada a la historia antigua de Hispania. Si bien el año oficial (o consular) en Roma se iniciaba el día de los idus de marzo, es decir, el 15 de ese mes, en el año 153 a.C. esta fecha se adelantó al 1 de enero, para permitir al cónsul de turno avanzar los preparativos de sus campañas militares, ya que en la Antigüedad la época apta para guerrear era la primavera y el verano, no acostumbrándose a batallar el resto del año. Como mínimo dos autores antiguos, Livio y Casiodoro, relacionan este cambio de calendario, que afectaría con el tiempo al resto del mundo, con los preparativos del ataque romano a la ciudad de Segeda.

que en algunas ocasiones coordinaron sus esfuerzos militares contra el ejército romano.

Las causas de las Guerras Lusitanas las hemos de buscar en la desigual distribución de la tierra y de la riqueza en el seno de la propia sociedad indígena, lo que obligaba a una gran parte de la población a llevar a cabo campañas de saqueo y pillaje en las tierras vecinas más ricas, sobretodo en la zona del sur peninsular, dominadas ya por Roma. Estas prácticas de pillaje provocaron enfrentamientos entre los ejércitos romanos y las bandas de saqueo lusitanas ya a principios del siglo II a.C. El primer incidente importante no se



Vaso de los Guerreros, Museo Numantino (Soria).
Siglo I. a.C. Es la pieza cerámica celtíbera más conocida que representa a dos guerreros con equipo militar y vestimenta de tradición indígena

produjo hasta el año 154 a.C., cuando grupos de lusitanos liderados por un tal Púnico, asaltaron el territorio de la Hispania Ulterior y vencieron al pretor de la provincia, provocando, según Apiano, 6.000 bajas en el bando romano y consiguiendo el apoyo de los pueblos vecinos. A Púnico le sucedieron como líderes de las bandas lusitanas Caisaros y posteriormente Caucainos, que continuaron los ataques y depredaciones.

La respuesta romana no se hizo esperar, iniciándose la ofensiva en el propio territorio lusitano, donde el pretor de la Ulterior, Sulpicio Galba, junto con las tropas del cónsul Lúculo, atacaron a los lusitanos en el año 151 a.C, obligándoles a solicitar la paz. Galba, con una falsa promesa de reparto de tierras, consiguió reunir y desarmar a un gran número de guerreros lusitanos con sus familias, a las que traicioneramente rodeó, llevando a cabo una gran matanza entre ellos. Pocos sobrevivieron a esta masacre siendo, según las

fuentes, uno de ellos Viriato, que se puso al frente de las fuerzas lusitanas, derrotando en el año 147 a.C. a las tropas romanas y haciendo prisionero al nuevo gobernador, Cayo Vetilio, que murió poco después.

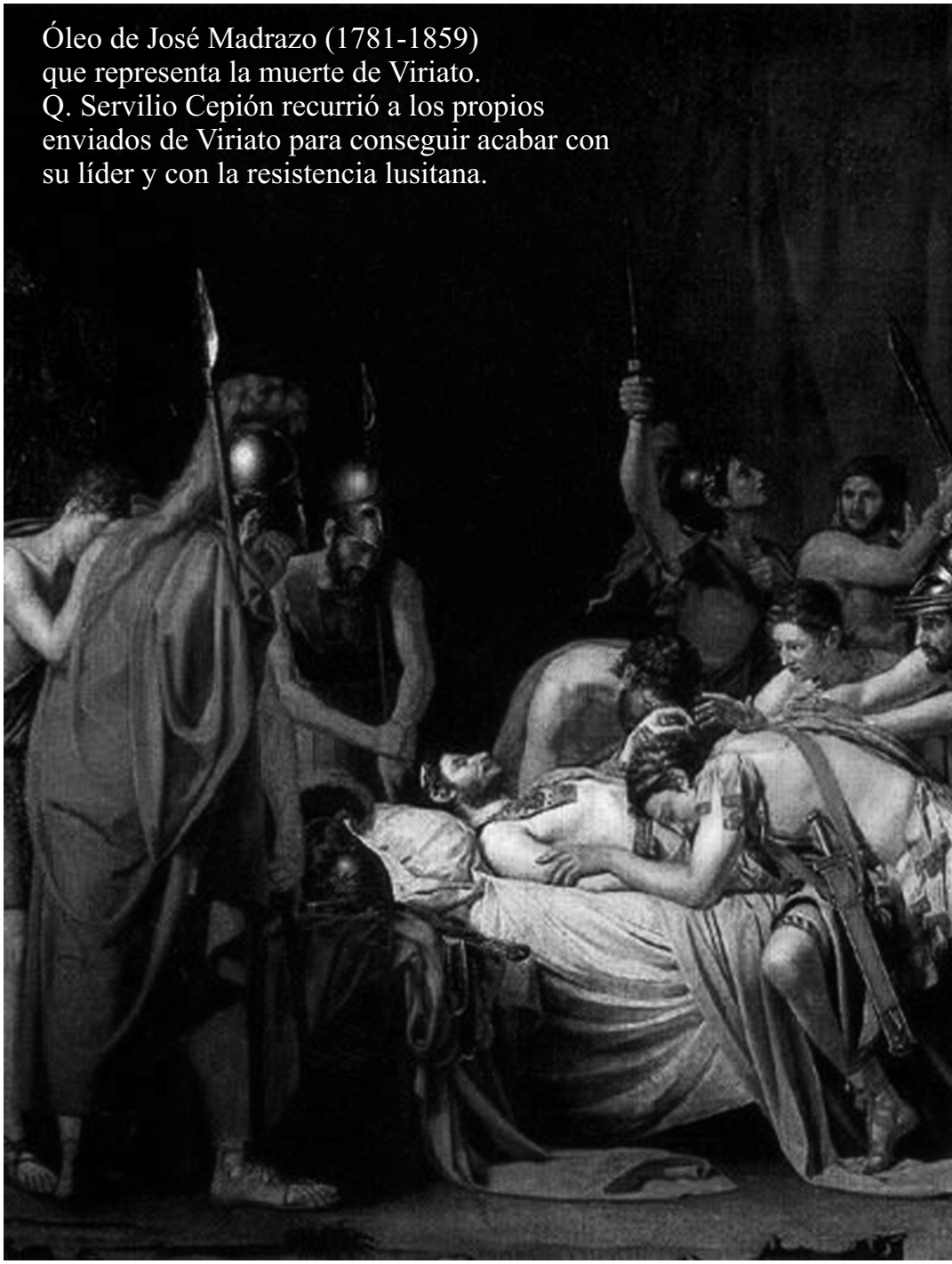
El Senado envió pronto contra Viriato al cónsul Fabio Máximo Emiliano, que obtuvo diversos éxitos. Después de conseguir reducir la actividad de Viriato a la zona de la propia lusitania, este consiguió acorralar a las tropas del procónsul Fabio Máximo Serviliano, obligándole a negociar con él, proclamándose "amigo del pueblo romano" y declarando su territorio independiente. Aunque el tratado fue reconocido en Roma, no tardó mucho tiempo en ser derogado, nombrándose a un nuevo procónsul para dirigir las operaciones militares. Más tarde, Servilio Cepión consiguió batir en retirada al caudillo lusitano hacia las tierras de la Carpetania. Fuertemente debilitado, Viriato volvió a negociar con el general romano, enviando a tres nativos de la ciudad de Urso (Osuna) a negociar con él, que a su vuelta, e instigados por Cepión, asesinaron a Viriato. Una vez muerto el líder de la resistencia lusitana, no le costó demasiado a Roma conseguir la sumisión definitiva de su pueblo. Junio Bruto consiguió vencer finalmente la poca resistencia aún operativa, asentando a los lusitanos en la ciudad de Valentia (que parece que no es la mediterránea) y en Brutobriga, ciudad de localización insegura. El dominio del territorio lusitano permitió a Bruto internarse en territorio galaico, en la zona del valle del río Miño, enfrentándose a los bracarenses y conquistando Talabriga (Lamas do Vouga, Portugal) por lo que el Senado romano le concedió el título honorífico de *Galaicus*.

La resistencia de Viriato

Si un nombre destaca sobre todos los demás en las guerras que Roma dirigió contra los lusitanos, este fue el de su líder más importante, Viriato. Los autores antiguos nos informan de sus orígenes humildes en una tribu de pastores, y de su promoción como jefe de la resistencia lusitana tras la matanza perpetrada por Galba en el año 150 a.C.

Viriato se enfrentó a la superioridad militar romana utilizando la táctica de la guerrilla, de la cual demostró un gran dominio, con el objetivo de evitar un enfrentamiento en campo abierto que beneficiaba ampliamente al ejército enemigo, consiguiendo, de esta forma, varias victorias como la obtenida ante el pretor Vetilio en el año 147 a.C., o la lograda en la batalla de Erisane en el 141 a.C.

Viéndose los generales romanos incapacitados para vencer en su campo al líder lusitano, optaron por la traición, comprando su muerte a manos de tres de sus consejeros, Audax, Ditalcón y Minuro, nativos de la ciudad de Urso, que lo asesinaron mientras dormía. Una vez eliminado Viriato, la resistencia lusitana no tardó en venirse abajo, al mismo tiempo que su figura se convertía en un referente de la rebeldía frente a la expansión del dominio romano por el Mediterráneo.



Óleo de José Madrazo (1781-1859)
que representa la muerte de Viriato.
Q. Servilio Cepión recurrió a los propios
enviados de Viriato para conseguir acabar con
su líder y con la resistencia lusitana.



Los conflictos romanos llegan a Hispania. Sertorio

El final de las guerras contra celtíberos y lusitanos no supuso la instauración de una paz definitiva en el territorio peninsular. Las campañas de los gobernadores romanos se siguieron sucediendo, y no será hasta inicios del siglo I a.C. cuando podamos hablar de una pacificación más o menos general.

Fue en el último cuarto del siglo II a.C. cuando se inició la conquista de las islas Baleares, que se habían convertido en un nido de piratas que obstaculizaba las importantes comunicaciones entre Roma y sus provincias occidentales. Así, en el año 123 a.C., el Senado romano envió a Quinto Cecilio Metelo con un ejército que completó la conquista del territorio balear sin demasiadas dificultades, fundando, además, dos nuevas colonias latinas, Palma y Pollentia (Pollensa, Mallorca). El nuevo territorio pasó a formar parte de la provincia de Hispania Citerior.

Con la llegada del siglo I a.C. Hispania se vio inmersa en otro tipo de conflicto que no estaba ligado a la conquista, sino que se enmarcaba en un enfrentamiento propiamente romano, que se desarrolló a lo largo de la última fase de la República romana y al que es preciso hacer una breve referencia.

Desde el final de la Segunda Guerra Púnica, el Estado romano había iniciado una expansión militar que le había llevado a dominar, de una forma u otra, gran parte del litoral Mediterráneo. A nivel económico y social esta expansión había beneficiado solo a las clases altas que controlaban el poder político en Roma, perjudicando en gran medida a las clases ciudadanas con menos recur-

sos, que se vieron progresivamente empobrecidas. Por otra parte, la lucha por el poder fracturó la solidaridad política de las clases aristocráticas dominantes, creándose, así, dos facciones dentro del Senado, la de los optimates, liderados por Sila, que defendían la legalidad, la tradicional autoridad política del Senado y sus privilegios en la dirección del estado y la de los populares, organizados en torno a la figura de Mario, que no dudaron en aprovecharse de las instituciones y magistraturas ciudadanas en su beneficio político personal. Este conflicto se vio plasmado en los diferentes enfrentamientos armados que se originaron entre ambos grupos y que pronto se trasladaron a las provincias.

El éxito militar de Sila y la dureza de sus acciones acabaron proporcionándole el poder en Roma, que utilizó para proscribir a sus rivales políticos, entre ellos a Quinto Sertorio, que había sido nombrado gobernador de la provincia de Hispania Citerior. Sertorio arribó en el año 82 a.C. a la Península Ibérica, donde decidió organizar su oposición política al bando silano. El primer objetivo de Sertorio fue granjearse la amistad de las comunidades indígenas, lo cual consiguió dispensando un trato afable y realizando una política conciliadora, que le llevó a ganarse el apoyo de lusitanos, celtíberos y de la mayoría de los pueblos de la costa mediterránea.

El Senado romano envió a Cecilio Metelo Pío para acabar con la amenaza sertoriana, al que se sumó después el joven general Gneo Pompeyo, que más tarde sería conocido como Pompeyo Magno y que poco a poco estaba labrando su carrera política. Sertorio, que había conseguido ampliar sus fuerzas iniciales con contingentes indígenas y con los refuerzos de otros exiliados romanos como Perpenna, quien había llegado desde Cerdeña, se

enfrentó a las fuerzas de Metelo y Pompeyo, utilizando tanto tácticas legionarias como de guerrilla, aprovechando el amplio conocimiento del terreno y las demostradas aptitudes de sus aliados indígenas para evitar la unión de las fuerzas de sus enemigos y frenar así su avance. Si durante los primeros años Sertorio obtuvo algunas victorias contra los ejércitos senatoriales, con el tiempo su situación empeoró, debido a la política de desgaste a la que se veía sometido. A esto se sumó la ley de amnistía de los exiliados populares aprobada en Roma en el año 73 a.C. De esta forma Sertorio fue perdiendo importantes apoyos, y fue endureciendo su trato, tanto con los propios romanos como con sus aliados indígenas. El deterioro de su situación provocó que, al final, el líder popular muriese en el año 72 a.C. en una conspiración urdida por sus colaboradores más directos y encabezada por el propio Perpenna, que asumió la dirección de la causa popular en Hispania. Sin el éxito y el carisma de Sertorio, Perpenna fue finalmente vencido por Pompeyo, que lo mandó ejecutar.

Aun así, Pompeyo no abandonó Hispania una vez derrotada la causa sertoriana, sino que permaneció en ella hasta el año 71 a.C., acabando de pacificar la zona y afianzando sus alianzas y prestigio personal entre los pueblos y ciudades de la península, con sus ojos puestos sobre todo en su proyecto político en Roma.

Aunque las fuentes de época romana hayan considerado a Sertorio tanto un traidor como un héroe, no ha de aparecer así ante nuestros ojos, sino como la imagen de un político romano que utilizó todas las armas a su alcance para vencer a la facción política adversaria.

La política de Sertorio en Hispania

Uno de los hechos que más sorprenden de la actividad de Sertorio en Hispania fue su capacidad de conseguir grandes y amplios apoyos entre la población indígena, en su lucha contra la facción aristocrática silana. Para conseguirlo, Sertorio mantuvo, desde el principio, un trato cordial y respetuoso con las diferentes comunidades hispanas, disminuyendo los tributos debidos y evitando que las diferentes ciudades soportaran la carga del alojamiento de su ejército en la época de inactividad invernal.

Otros hechos que le hicieron ganar la simpatía de los hispanos fueron el establecimiento de un Senado paralelo en la península, la creación de una escuela en Osca (Huesca), donde se educaba a la romana a los hijos de la aristocracia indígena, o la utilización en su favor de las creencias indígenas, presentándose ante las tropas lusitanas con una cervatilla blanca que según Sertorio le había sido envida por la diosa Diana y que le hablaba en sueños transmitiéndole sus mensajes. Estos elementos ayudaron a crear una mística alrededor de su carismática persona representando, a su vez, un avance en la romanización del territorio.

El duelo de las Águilas. La guerra civil entre Pompeyo y César

La amnistía concedida en el año 73 a.C. a los populares permitió que la actividad política volviera a una cierta normalidad en Roma, pero no evitó la reanudación de la lucha por el poder polí-



Relieve del siglo I a.C. procedente de Estepa, Sevilla, que muestra a dos figuras equipadas con armamento de infantería pesada. No está claro si representan a dos legionarios romanos o a dos indígenas armados al modo romano.

tico por parte de la aristocracia romana. Al enfrentamiento entre las dos facciones, optimates y populares, se sumó la acción política de los generales victoriosos, como Pompeyo y Julio César, que utilizaron el poder militar de sus ejércitos con el objetivo de obtener un control indiscutido sobre el Estado romano. Las provincias hispanas se convirtieron, de nuevo, en uno de los escenarios más importantes de esta contienda.

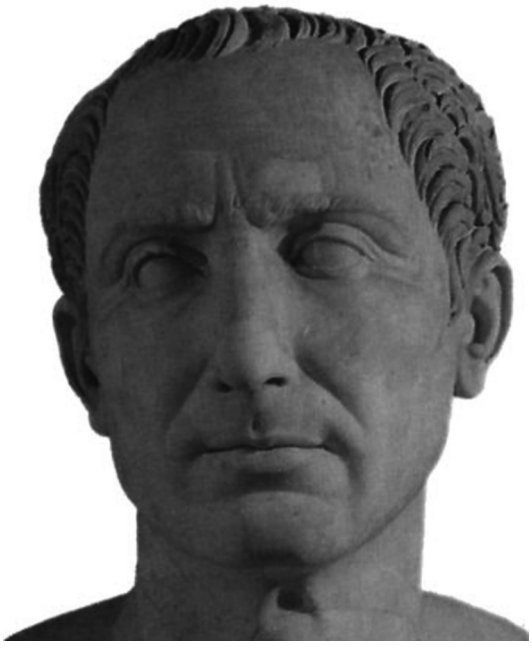
Tanto Pompeyo como César comprendieron pronto el potencial que representaba Hispania en sus futuros proyectos políticos. Si el primero ya había extendido su prestigio y su poder personal en la península, César acudió, primero, como cuestor del gobernador Antistio Veto en el año 69 a.C., y más tarde, en el año 61 a.C., como gobernador de la provincia Ulterior, oportunidad que aprovechó para incrementar a su vez su autoridad entre las tropas asentadas en la provincia y entre las comunidades y ciudades de la zona, con diversas medidas positivas para los provinciales, como la solución de conflictos internos, la promulgación de leyes o el alivio de la presión tributaria. En el aspecto militar, César inició una nueva campaña contra los lusitanos, que extendió más tarde a los galaicos, incorporando definitivamente ambos territorios a la autoridad romana.

Entretanto en la capital del imperio la oposición aristocrática senatorial hizo confluir los intereses de Pompeyo, César y Licinio Craso, uno de los hombres más ricos de la ciudad, creándose así el Primer Triunvirato, con el cual se repartían, entre los tres y de forma privada, el poder político y el control de las provincias. Estos acuerdos abrieron la puerta a la conquista de la Galia por parte de César y al dominio sobre la península ejercido nuevamente por Pompeyo, al que se le

asignó el gobierno de las provincias hispanas en el año 55 a.C. durante un periodo de cinco años y que decidió gobernar, por primera vez, no de forma personal sino a través de legados, prefiriendo consolidar su control político en Roma. Esta situación de equilibrio comenzó a desmoronarse pronto dando origen así, en el año 49 a.C., a un nuevo periodo de guerra civil.

Pompeyo mantenía siete legiones en Hispania, al mando de sus legados Afranio, Petreyo y Varrón. Aun así, su estrategia no fue refugiarse en sus seguras bases occidentales sino marchar hacia Oriente, con el objetivo de poder reunir más tropas y recursos con los que atacar desde dos frentes a César. Este último consideró el apoyo pompeyano en Hispania una amenaza a su situación política, y decidió desplazarse a la península con su ejército para enfrentarse a los legados de Pompeyo. Aunque parecía que las fuerzas pompeyanas se convertirían en un fuerte obstáculo, César consiguió una rápida victoria, primero sobre las tropas de Afranio y Petreyo, que se habían unido en la zona de Ilerda (Lleida), y más tarde sobre las de Varrón, consiguiendo de esta forma acabar con la amenaza pompeyana.

La derrota de Pompeyo en la batalla de Farsalia y su posterior muerte en Egipto en el año 48 a.C. decantaron definitivamente la victoria a favor de César, aunque aún tuvo que luchar contra reductos pompeyanos tanto en África como en Hispania, a la cual, y después de un gobierno desastrosamente impopular de Casio Longino, arribaron los hijos del difunto Pompeyo, Gneo y Sexto, con el objetivo de provocar la sublevación de la provincia Ulterior, que abrazó de nuevo la causa pompeyana. César regresó a Hispania después de ser elegido dictador, para llevar a cabo la definitiva pacificación de la



Busto de Julio César. Las Guerras Civiles en Roma llevaron al final de la República romana y a la concentración del poder en una sola persona.

provincia. Esta nueva campaña militar se diferenció de las primeras y rápidas victorias anteriores, por la crueldad y brutalidad de sus actos y por los continuos asaltos, incendios y matanzas que se llevaron a cabo, mostrando claramente la amplia y desesperada rivalidad de este nuevo conflicto. Finalmente César consiguió la victoria el 17 de marzo del año 45 a.C. en la batalla de Munda (Montilla, Córdoba), donde los pompeyanos fueron definitivamente derrotados, muriendo poco después Gneo y logrando Sexto escapar a la Citerior.

La victoria de César fue seguida por una reorganización del territorio, con la cual pretendía premiar a aquellos que se habían mantenido fieles a su persona y castigar a los que se habían mostrado favorables a la causa pompeyana. Así, César fundó un gran número de nuevas colonias y municipios, en las que estableció a los soldados que habían luchado a sus órdenes y a los habitantes más humildes de la ciudad de Roma. Entre estos

nuevos emplazamientos hallamos Tarraco (Tarragona) y Cartago Nova, en la Citerior; Hasta (Mesa de Asta, en Cádiz), Hispalis (Sevilla), Ucubi (Espejo, en Córdoba) y Urso (Osuna, en Sevilla), en el valle del Betis; y Scallabis (Santarem, en el actual Portugal) o Metellinum (Medellín, en Badajoz), en la zona sur de Lusitania, política que no hizo más que potenciar el proceso de romanización del territorio hispano.

El accidentado final de Sexto Pompeyo

La carrera política de Sexto Pompeyo destaca por lo accidentado de sus vivencias, sobre todo en su participación en las guerras civiles que asolaron la República en los años finales del siglo I a.C. Después de la muerte de su padre Pompeyo Magno, sus hijos Sexto y Gneo recabaron en Hispania, donde reorganizaron la oposición política contra César. Tras la derrota de Munda y la posterior muerte de su hermano, Sexto consiguió reunir un nuevo ejército en la Citerior y enfrentarse a los legados que César envió contra él. La muerte de este y la evolución de los acontecimientos en Roma, le permitieron reintegrarse en la vida política, aunque de nuevo se enfrentó a Augusto y Marco Antonio, fortaleciendo su situación en Sicilia, desde donde llevó a cabo una amplia actividad pirática. Sexto fue derrotado en la batalla naval de Nauloco, en el año 36 a.C., hecho que le obligó a huir hacia Oriente, donde fue capturado en Mileto por los hombres de Marco Antonio y ejecutado sin juicio, negándosele así sus derechos como ciudadano romano.

El final de la conquista. Augusto

La muerte de Julio César en el año 44 a.C. dio paso al último episodio de luchas entre los miembros de la aristocracia romana. Pronto se formó un nuevo acuerdo entre Octavio, hijo adoptivo de César, Lépido y Marco Antonio, conocido como el Segundo Triunvirato, con el objetivo de vencer a los asesinos del dictador y reorganizar la República. Esta alianza comportó una nueva división de los territorios provinciales y de los cargos políticos entre sus miembros. Si Hispania recayó primero en manos de Lépido, pasó más tarde a las de Octavio, que la gobernó a través de legados, siguiendo el ejemplo establecido por Pompeyo. Bajo su mandato se documenta el ataque de Bogud, rey de los mauritanos, a las costas meridionales de la península, y diversas campañas militares, como la que se llevó a cabo contra los cerretanos en la zona de los Pirineos.

La relación entre los triunviros, sobre todo después de la desaparición de Lépido, se fue enfriando, instalándose poco a poco la desconfianza entre Octavio y Marco Antonio, que llevó al inicio de nuevos enfrentamientos militares entre ellos. Aun así, esta vez los conflictos armados no afectaron al territorio hispano, sino que se desarrollaron en el Oriente, provocando la muerte de Marco Antonio y la definitiva instauración del poder único en Roma por parte de Octavio, que fue conocido a partir de entonces como Augusto.

Este tuvo que hacer frente a nuevos problemas en la Península Ibérica, motivados esta vez por las actividades de astures y cántabros, pueblos indígenas establecidos en la zona cantábrica y aún no sometidos al dominio de Roma. La desigual distribución de la riqueza en el seno de estos pueblos les

había obligado no solo a servir como mercenarios en los ejércitos cartaginés y romano, sino también a realizar, como anteriormente los lusitanos, campañas de saqueo por las tierras vecinas más ricas. Sus actividades se habían incrementado, aprovechándose de los conflictos entre los triunviros, que obligaban a Augusto a concentrar sus esfuerzos militares en otras zonas. La resolución del conflicto en favor suyo le permitió centrar su política en la afirmación de su prestigio personal y de sus capacidades como político, concibiendo un programa de consolidación de los territorios dominados por Roma y de racionalización de las fronteras del imperio. El norte de la Península Ibérica fue uno de los escenarios donde Augusto centró su actividad, invirtiendo para ello grandes esfuerzos y recursos, decisión a la que no fue ajena el conocimiento de la riqueza minera de la zona.

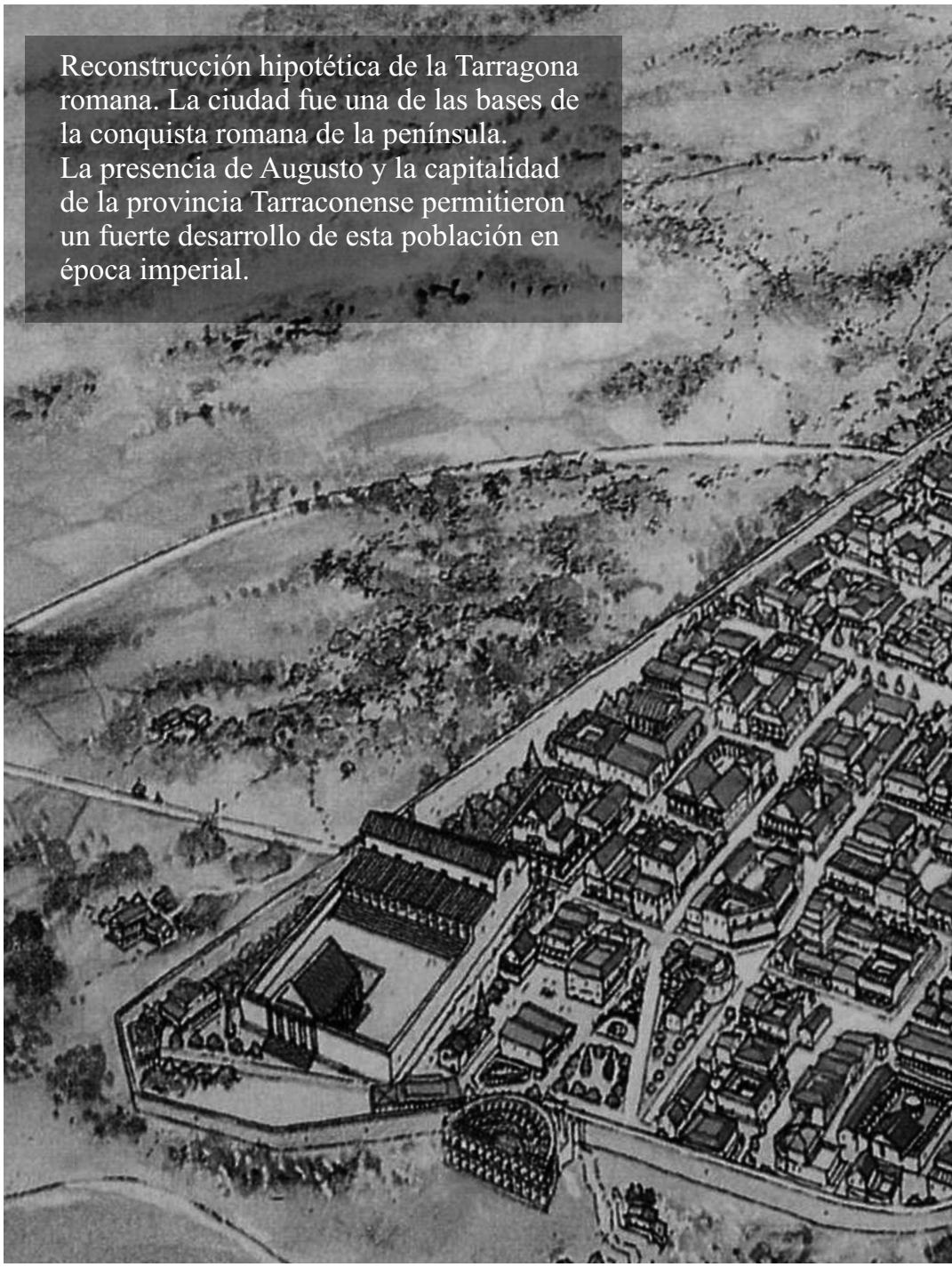
Las primeras campañas fueron dirigidas en el año 29 a.C. por legados nombrados por Augusto como Statilio Tauro, que consiguieron algunos éxitos. A pesar de estas victorias, la zona no fue ni mucho menos pacificada, lo que obligó a Augusto a personarse en la península a finales del año 27 a.C. para dirigir personalmente la guerra, aunque tuvo que retirarse pronto a Tarraco debido a una grave enfermedad. Las nuevas campañas, donde participaron hasta siete legiones y no menos de 70.000 hombres, afectaron a la zona cántabra, la cual fue atacada desde las bases de Segisamo (Sasamón, en Burgos), Asturica (la leonesa Astorga) y Bracara (Braga, en Portugal) en el sur, con el apoyo en el norte de la flota romana. La campaña fue dura para el ejército romano, que tuvo que hacer frente al frío, las lluvias, el clima y hasta al hambre, pero acabó con el sometimiento de los principales reductos indígenas como Amaya

Tarraco, capital imperial

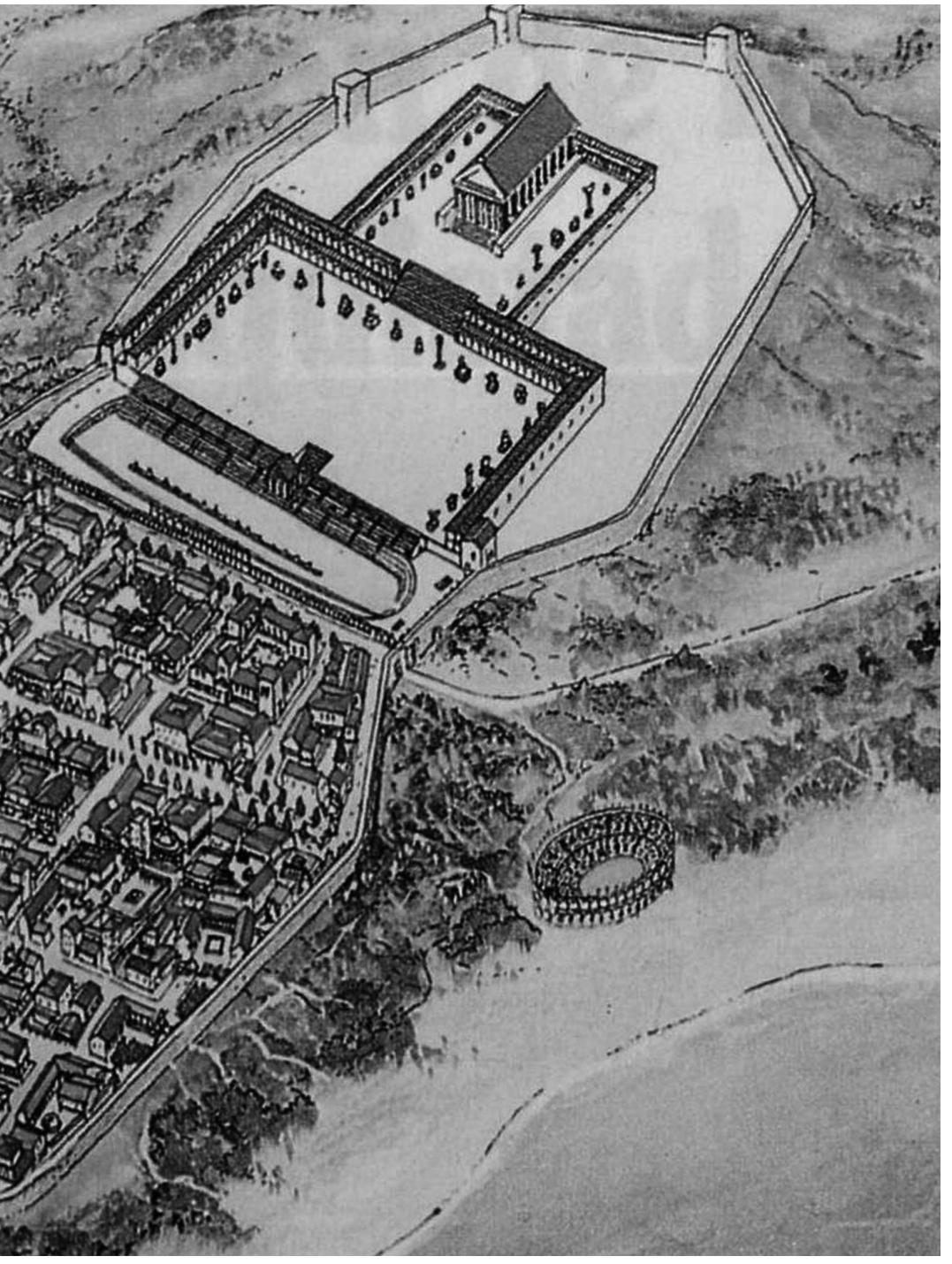
La enfermedad que contrajo Augusto poco después de su llegada a Hispania para dirigir la guerra contra cántabros y astures, y que le obligó a retirarse a Tarraco, tuvo grandes consecuencias en el futuro de la colonia. Augusto gobernó el mundo romano desde allí durante los años 26 y 25 a.C., convirtiendo a la ciudad en el centro político y burocrático del imperio. Tarraco recibió embajadas de estados y ciudades lejanas, como de escitas, indios, partos o de la ciudad griega de Mitilene, siendo también el primer lugar en erigir un templo dedicado al culto imperial. La ciudad recibió el nombre de Colonia Iulia Triumphalis Tarraco, y se convirtió en la capital de una de las tres provincias fruto de la nueva reorganización territorial, iniciando así una amplia reforma urbanística que le llevaría a ser una de las ciudades más importantes de Hispania.

(Amaya, en Burgos), Monte Cildá (la palentina Olleros de Pisuerga) y Monte Bernorio (Aguilar de Campoo, asimismo en Palencia) y con la conquista de Bergidum (cerca de la leonesa Cacabelos), en la zona cántabra, y de la ciudad de Lancia (Villasabariego, también en el actual León), en la zona astur.

Augusto abandonó Hispania en el año 25 a.C., dando así por pacificada la zona, celebrando un triunfo en Roma junto a su hijastro Tiberio y a su sobrino Marcelo, y cerrando las puertas del templo de Jano, como símbolo de la paz establecida en todo el Imperio. Aún con todo este boato, la victoria sobre cántabros y astures no fue defini-



Reconstrucción hipotética de la Tarragona romana. La ciudad fue una de las bases de la conquista romana de la península. La presencia de Augusto y la capitalidad de la provincia Tarraconense permitieron un fuerte desarrollo de esta población en época imperial.



tiva, lo que obligó a Augusto a enviar a Hispania en el año 19 a.C. a uno de sus mejores generales y más estrechos colaboradores, Marco Vipsanio Agripa, que acabó con los últimos focos rebeldes y pacificó la zona.

Una vez controlado todo el territorio peninsular y unificado el poder de la República en su persona, Augusto llevó a cabo la reforma no solo del gobierno provincial sino también de las bases del Estado que había conseguido, abriendo así la puerta al establecimiento de un nuevo régimen político, el Imperio.